Introducción: cuando leer la Biblia no significa todavía comprenderla

La Sagrada Escritura es uno de los mayores tesoros que Dios ha confiado a la humanidad. En sus páginas encontramos la historia de la salvación, las promesas divinas, la voz de los profetas, la enseñanza de los apóstoles y, sobre todo, la revelación de Jesucristo, Verbo eterno del Padre, que se hizo hombre para redimirnos.

Sin embargo, existe una cuestión fundamental que todo cristiano debería plantearse: **¿sabemos realmente interpretar aquello que leemos en la Biblia?**

No basta con abrir un pasaje, leer sus palabras y atribuirles inmediatamente el significado que nos sugieren. La Escritura fue escrita en épocas determinadas, dentro de culturas concretas, mediante lenguas antiguas y utilizando distintos géneros literarios. Sus autores humanos se dirigían a destinatarios reales, con circunstancias históricas y religiosas particulares. Al mismo tiempo, Dios es su autor principal y ha querido servirse de estos escritores para comunicar su Palabra a los hombres.

Por eso, la lectura de la Biblia exige algo más que buena voluntad: necesita formación, atención, humildad y fidelidad a la fe recibida.

Aquí entra en juego una disciplina fundamental de la teología: **la exégesis bíblica**.

La exégesis es el estudio y la interpretación rigurosa de los textos de la Sagrada Escritura, con el propósito de comprender su verdadero significado. No consiste en encontrar en la Biblia cualquier idea que deseemos defender, ni en adaptar sus enseñanzas a las opiniones de cada época. Su finalidad es descubrir qué comunica realmente el texto inspirado, atendiendo tanto a su dimensión humana como a su origen divino.

Para un católico, esta tarea posee una importancia extraordinaria. Interpretar correctamente la Escritura significa acercarse a la Palabra de Dios con respeto, evitando tanto el fundamentalismo que ignora su contexto como el racionalismo que pretende reducirla a un documento meramente humano.

La Biblia no debe someterse a nuestras opiniones: somos nosotros quienes debemos dejarnos iluminar, corregir y transformar por ella.

1. ¿Qué es exactamente la exégesis bíblica?

La palabra *exégesis* procede del griego *exḗgēsis*, término relacionado con la explicación, exposición o interpretación de algo. Aplicada a la Biblia, designa el trabajo mediante el cual se investiga y explica el sentido de un texto sagrado.

Su finalidad principal es comprender lo que el autor inspirado quiso comunicar mediante sus palabras, teniendo presente que la Sagrada Escritura es verdaderamente Palabra de Dios expresada en lenguaje humano.

Esto implica estudiar diferentes aspectos:

- **El contexto histórico:** cuándo se escribió el texto, cuáles eran las circunstancias de la época y qué acontecimientos ayudan a comprenderlo.
- **El contexto cultural:** las costumbres, instituciones, prácticas religiosas y formas de pensamiento de sus primeros destinatarios.
- **La lengua original:** el hebreo, el arameo o el griego en los que fueron escritos los distintos libros bíblicos.
- **El género literario:** si nos encontramos ante un relato histórico, un poema, una profecía, una parábola, una carta, una genealogía o un texto sapiencial.
- **El contexto literario:** la relación del pasaje con los versículos, capítulos y libros que lo rodean.
- **La dimensión teológica:** la enseñanza religiosa que transmite el texto dentro del conjunto de la revelación divina.

Todos estos elementos ayudan a evitar interpretaciones arbitrarias.

Por ejemplo, cuando leemos en el Evangelio según san Mateo: «Vosotros sois la sal de la tierra» (Mt 5,13), comprendemos que Jesucristo no está afirmando que sus discípulos deban convertirse físicamente en sal. Está utilizando una imagen conocida para expresar una misión espiritual: los cristianos están llamados a preservar, iluminar y transformar el mundo mediante la fidelidad a Dios.

El sentido de las palabras se comprende atendiendo a la intención de Cristo, al contexto del Sermón de la Montaña y a la enseñanza general del Evangelio.

Esto es precisamente lo que busca la exégesis: **comprender el texto desde dentro, en lugar de imponerle desde fuera un significado ajeno.**

2. La exégesis y la inspiración divina de las Sagradas Escrituras

Para comprender correctamente la exégesis católica es necesario partir de una verdad fundamental: la Iglesia confiesa que Dios es el autor de la Sagrada Escritura.

Pero esto no significa que los libros bíblicos hayan sido escritos mediante una especie de dictado mecánico en el que los escritores humanos se limitaran a transcribir palabras que escuchaban sobrenaturalmente.

La doctrina católica enseña que Dios se sirvió de hombres concretos, respetando sus facultades, sus capacidades y sus formas de expresión.

La constitución dogmática *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, explica esta realidad en su número 11: los autores sagrados son verdaderos autores de los libros bíblicos, pero escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Esta enseñanza tiene consecuencias importantísimas para la interpretación.

Por una parte, debemos estudiar los textos como auténticas obras literarias e históricas, porque sus autores humanos escribieron utilizando lenguas, géneros y recursos propios de su tiempo.

Por otra, debemos reconocer que la Escritura posee una unidad y una profundidad sobrenaturales que no pueden comprenderse plenamente si se prescinde de su origen divino.

Aquí encontramos una de las características esenciales de la exégesis católica: **la Biblia debe interpretarse teniendo presentes simultáneamente su dimensión humana y su dimensión divina.**

Ignorar la primera conduce a interpretaciones ingenuas que pueden confundir el lenguaje figurado con una descripción literal de acontecimientos.

Ignorar la segunda conduce a reducir la Escritura a una simple colección de documentos antiguos, despojándola de su condición de Palabra inspirada.

La fe católica rechaza ambas reducciones.

3. Los principios fundamentales de la interpretación católica

El número 12 de *Dei Verbum* constituye una referencia esencial para comprender cómo debe interpretarse la Sagrada Escritura. El Concilio establece unos principios que permiten estudiar los textos bíblicos sin separarlos de la fe de la Iglesia.

Entre ellos destacan tres criterios fundamentales.

3.1. Leer cada pasaje a la luz de toda la Escritura

El primer criterio consiste en prestar atención al **contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura**.

La Biblia contiene numerosos libros, escritos en épocas diferentes y por autores humanos distintos. Sin embargo, no constituye una colección desordenada de textos independientes. Existe una unidad profunda porque toda ella forma parte del único designio salvador de Dios.

El centro de esa unidad es Jesucristo.

El Antiguo Testamento prepara su venida, anuncia las promesas de Dios y presenta acontecimientos que encuentran su plenitud en Él. El Nuevo Testamento proclama su encarnación, su predicación, su muerte, su resurrección y la misión de la Iglesia.

El propio Jesucristo enseña esta continuidad cuando, después de resucitar, explica a los discípulos de Emaús lo que las Escrituras decían acerca de Él:

«Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lc 24,27).

Este pasaje posee una importancia extraordinaria para la exégesis cristiana. El mismo Señor muestra que las Escrituras deben comprenderse dentro de una historia de salvación cuyo centro es su propia persona.

Por tanto, no debemos interpretar un versículo de manera aislada, desconectándolo de la totalidad de la revelación.

Una frase bíblica puede parecer que expresa una idea determinada cuando se lee separadamente, pero adquirir una comprensión mucho más precisa al examinar su relación

con otros textos.

La unidad de la Escritura impide que enfrentemos artificialmente sus diferentes libros o que utilicemos un pasaje para justificar una interpretación contraria al conjunto de la fe.

3.2. Interpretar la Escritura dentro de la Tradición viva de la Iglesia

El segundo criterio consiste en leer la Biblia teniendo presente la **Tradición viva de toda la Iglesia**.

Esta cuestión resulta especialmente importante.

La Iglesia no recibió la Sagrada Escritura como un documento independiente que cada generación pudiera interpretar desde cero. La recibió dentro de la transmisión apostólica de la fe.

Los apóstoles predicaron el Evangelio, transmitieron las enseñanzas de Cristo y constituyeron comunidades que conservaron y transmitieron esa doctrina. Los escritos inspirados del Nuevo Testamento nacieron en el seno de esta realidad apostólica.

Por eso, la Escritura y la Tradición no son dos caminos rivales de acceso a la revelación.

La constitución *Dei Verbum*, especialmente en sus números 9 y 10, enseña que ambas están íntimamente unidas y que forman un único depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia.

La Tradición permite comprender cómo la comunidad cristiana ha recibido, conservado, celebrado y transmitido las verdades de la fe.

Esto no significa que cualquier costumbre antigua tenga automáticamente autoridad doctrinal. Es necesario distinguir entre las tradiciones eclesiásticas de carácter disciplinar o devocional y la Tradición apostólica que transmite la revelación divina.

La interpretación bíblica católica debe permanecer en continuidad con esta última.

Aquí adquieren especial importancia los escritos de los Padres de la Iglesia, los testimonios de los primeros cristianos, las definiciones conciliares y la enseñanza constante del Magisterio.

No se trata de sustituir el estudio de la Biblia por opiniones de autores antiguos, sino de

reconocer que la Iglesia posee una memoria doctrinal que ayuda a proteger el sentido auténtico de la Escritura.

3.3. Respetar la analogía de la fe

El tercer criterio es la llamada **analogía de la fe**.

Esta expresión significa que las verdades reveladas mantienen una armonía interna entre sí. Ninguna interpretación legítima de un pasaje puede contradecir una verdad de fe claramente establecida por Dios y enseñada auténticamente por la Iglesia.

Por ejemplo, cuando san Pablo escribe:

«El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley» (Rom 3,28),

no podemos interpretar sus palabras como si estuviera enseñando que las buenas obras carecen de importancia para la salvación.

El mismo apóstol afirma en otra parte:

«Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad» (Gál 5,6).

Además, Santiago enseña que «la fe, si no tiene obras, está muerta» (Sant 2,17).

La exégesis debe considerar conjuntamente estos textos, atendiendo a sus respectivos contextos y a la unidad de la doctrina cristiana.

La analogía de la fe evita que una interpretación parcial destruya el equilibrio de la revelación.

Los tres criterios —unidad de la Escritura, Tradición viva y analogía de la fe— constituyen una referencia indispensable para cualquier interpretación católica rigurosa. Vaticano+1

4. El sentido literal y el sentido espiritual de la Biblia

Uno de los aspectos más interesantes de la exégesis católica es la distinción entre el sentido literal y el sentido espiritual de la Escritura.

Esta distinción tiene profundas raíces en la tradición cristiana y fue desarrollada

especialmente por los grandes teólogos medievales.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 115-118, recoge la enseñanza tradicional de los cuatro sentidos de la Escritura: uno literal y tres espirituales.

4.1. El sentido literal: lo que realmente expresa el texto

El sentido literal es el significado que expresan las palabras de la Escritura según la intención del autor sagrado y las convenciones literarias de su tiempo.

Es importante comprender que «literal» no significa necesariamente interpretar todas las expresiones de manera física o material.

Si un salmo dice que Dios es una roca, no debemos imaginar que el autor está afirmando que Dios posee naturaleza mineral.

El lenguaje poético utiliza imágenes para expresar realidades espirituales. En ese caso, el sentido literal es precisamente la verdad que el poeta quiere comunicar mediante la metáfora.

El sentido literal es el fundamento de los demás sentidos. No podemos construir una interpretación espiritual legítima ignorando lo que el texto significa realmente.

4.2. El sentido alegórico: descubrir a Cristo en las Escrituras

El sentido alegórico permite reconocer cómo los acontecimientos y realidades narrados en la Escritura pueden encontrar su significado más profundo en Cristo y en el misterio de la salvación.

Un ejemplo fundamental es el paso del pueblo de Israel por el mar Rojo.

Históricamente, el Éxodo relata la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Sin embargo, desde la fe cristiana, este acontecimiento también puede contemplarse como figura de la liberación del pecado y de la salvación que Dios realiza mediante Cristo.

San Pablo establece expresamente una relación tipológica entre los acontecimientos del Éxodo y la vida cristiana:

«Todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y por el mar» (1 Cor 10,2).

La tipología bíblica permite reconocer cómo ciertos acontecimientos del Antiguo Testamento preparan y anuncian realidades que alcanzan su plenitud en el Nuevo.

No se trata de inventar correspondencias arbitrarias, sino de reconocer relaciones que encuentran fundamento en la propia Escritura y en la interpretación cristiana de la historia de la salvación.

4.3. El sentido moral: aprender a vivir conforme a la voluntad de Dios

El sentido moral muestra cómo los acontecimientos y enseñanzas bíblicas orientan nuestra conducta.

La Escritura no ha sido entregada únicamente para satisfacer nuestra curiosidad intelectual. También está destinada a transformar nuestra vida.

Cuando contemplamos la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37), descubrimos una enseñanza moral concreta: el amor al prójimo exige superar las barreras de la indiferencia y atender a quien necesita nuestra ayuda.

No basta con conocer la parábola. Debemos permitir que cuestione nuestra manera de vivir.

El sentido moral conduce desde la comprensión hacia la conversión.

4.4. El sentido anagógico: la Escritura orientada hacia la eternidad

El sentido anagógico contempla las realidades bíblicas desde su relación con el destino último del hombre: la vida eterna.

La Iglesia peregrina en la tierra, por ejemplo, puede comprenderse como signo y anticipación de la Jerusalén celestial.

El libro del Apocalipsis presenta esta esperanza mediante la imagen de la ciudad santa que desciende del cielo y donde Dios habitará con los hombres (Ap 21,1-4).

Este sentido nos recuerda que la existencia cristiana no termina en las preocupaciones temporales. Nuestra vocación última es la comunión eterna con Dios.

Los cuatro sentidos pueden resumirse mediante una conocida fórmula medieval:

- El sentido literal enseña los acontecimientos.

- El alegórico enseña lo que debemos creer.
- El moral enseña cómo debemos obrar.
- El anagógico enseña hacia dónde debemos caminar.

Esta distinción no significa que cada pasaje deba contener necesariamente cuatro interpretaciones independientes. Los sentidos espirituales deben apoyarse en el literal y respetar la unidad de la revelación.

La finalidad es descubrir toda la riqueza de la Palabra de Dios sin separarse de su significado auténtico. Vaticano+1

5. La historia de la exégesis: de los primeros cristianos a la teología medieval

La interpretación de la Sagrada Escritura no es una disciplina moderna. Desde los primeros siglos del cristianismo, los creyentes sintieron la necesidad de explicar los textos inspirados, defender su verdadero significado y responder a las interpretaciones equivocadas.

Los Padres de la Iglesia desempeñaron un papel fundamental en este desarrollo.

5.1. Los primeros Padres y la defensa de la fe apostólica

Los primeros escritores cristianos tuvieron que responder a numerosas dificultades: las persecuciones, las acusaciones contra los cristianos, las controversias doctrinales y la aparición de interpretaciones que se alejaban de la fe recibida de los apóstoles.

Entre los grandes representantes de este período encontramos a san Ireneo de Lyon, quien defendió la unidad de las Escrituras y la continuidad entre la predicación apostólica y la fe de la Iglesia.

En su obra *Contra las herejías*, combatió especialmente las doctrinas gnósticas, que proponían interpretaciones particulares de los textos bíblicos y presentaban una supuesta revelación reservada a determinados grupos.

San Ireneo insistió en la importancia de la regla de la fe recibida de los apóstoles.

Esta perspectiva resulta esencial: la Escritura no puede interpretarse legítimamente separándola de la fe apostólica que la Iglesia conserva.

También destacó Orígenes de Alejandría, uno de los primeros grandes estudiosos cristianos de la Biblia. Su trabajo exegético fue extraordinariamente influyente, especialmente por su atención a los sentidos espirituales.

No obstante, algunas de sus especulaciones teológicas fueron posteriormente objeto de controversia. Por ello, es importante reconocer su contribución histórica sin atribuir a todas sus opiniones el valor de doctrina católica.

5.2. San Jerónimo: el valor de las lenguas originales

Una figura imprescindible en la historia de la exégesis es san Jerónimo.

Su conocimiento del latín, el griego y el hebreo le permitió desarrollar un trabajo de enorme importancia para la transmisión y comprensión de la Biblia en Occidente.

Su contribución está especialmente relacionada con la traducción y revisión de los textos bíblicos que dieron origen a buena parte de la tradición de la Vulgata latina.

Su trabajo demuestra algo fundamental: **la fidelidad a la Palabra de Dios exige también rigor en el estudio de las palabras mediante las cuales ha sido transmitida.**

Una traducción puede transmitir fielmente el mensaje general y, sin embargo, perder determinados matices presentes en la lengua original.

Por eso, el estudio de los idiomas bíblicos sigue siendo una herramienta valiosa para los exegetas.

La tradición católica no desprecia el trabajo filológico. Al contrario, reconoce que puede contribuir a una comprensión más precisa de la Escritura.

5.3. San Agustín: interpretar desde la unidad de la fe y la caridad

San Agustín de Hipona también realizó aportaciones fundamentales.

En su obra *De doctrina christiana* desarrolló principios para comprender e interpretar las Escrituras, prestando atención al lenguaje, a los signos y a la finalidad espiritual de la lectura bíblica.

Para el obispo de Hipona, la interpretación de la Escritura no podía separarse de la verdad cristiana ni de la caridad.

Una lectura que conduce a la soberbia, al desprecio del prójimo o al alejamiento de Dios no alcanza adecuadamente la finalidad de la revelación.

La comprensión de la Palabra debe conducir al amor a Dios y al prójimo.

Esta perspectiva conserva una extraordinaria actualidad: estudiar la Biblia no consiste en acumular argumentos para vencer discusiones, sino en buscar la verdad que conduce a la santidad.

5.4. Santo Tomás de Aquino y la profundidad de los sentidos bíblicos

En la Edad Media, santo Tomás de Aquino desarrolló una reflexión especialmente importante sobre los sentidos de la Sagrada Escritura.

En la *Suma Teológica* (I, cuestión 1, artículo 10), explica que Dios, por ser autor de la Escritura, puede utilizar no solamente las palabras, sino también las realidades expresadas por ellas para comunicar significados más profundos.

Esta consideración constituye uno de los fundamentos teológicos de la distinción entre el sentido literal y los sentidos espirituales.

Santo Tomás, sin embargo, no elimina la importancia del sentido literal. Al contrario, considera que este constituye el fundamento de los demás.

La interpretación espiritual no puede convertirse en una imaginación sin límites.

La riqueza sobrenatural de la Escritura no autoriza a atribuirle cualquier significado que resulte atractivo.

La profundidad de la Biblia no se encuentra en apartarse de su sentido verdadero, sino en descubrir toda la riqueza que Dios ha querido comunicar mediante él.

6. La exégesis moderna: el estudio científico al servicio de la Palabra de Dios

Con el paso de los siglos, el estudio de la Biblia fue incorporando nuevas herramientas de investigación.

El desarrollo de la filología, la arqueología, la historia antigua y el conocimiento de las

lenguas semíticas permitió profundizar en aspectos que anteriormente resultaban difíciles de estudiar.

Surgieron así diferentes métodos de interpretación, entre ellos el método histórico-crítico.

Este método intenta comprender los textos bíblicos teniendo en cuenta su proceso de composición, sus fuentes, su contexto histórico, su estructura literaria y las circunstancias en las que fueron transmitidos.

Su utilización puede aportar conocimientos valiosos, pero también exige discernimiento.

6.1. El método histórico-crítico

El método histórico-crítico estudia la Escritura como un conjunto de textos que poseen una historia concreta.

Entre sus principales herramientas encontramos:

- **La crítica textual:** compara los manuscritos disponibles para establecer, con el mayor rigor posible, el texto más antiguo que puede recuperarse.
- **La crítica literaria:** estudia la composición, la estructura y la organización del texto.
- **La crítica de las fuentes:** investiga los materiales y tradiciones que pudieron intervenir en la composición de un escrito.
- **El estudio de los géneros literarios:** determina si un pasaje pertenece a una forma narrativa, poética, profética, sapiencial o de otro tipo.
- **La investigación histórica:** analiza las circunstancias políticas, sociales, religiosas y culturales relacionadas con el texto.

Estas herramientas no son contrarias a la fe católica.

La Iglesia reconoce la importancia del estudio científico de la Escritura, siempre que se realice respetando su naturaleza de libro inspirado y su lugar dentro de la revelación.

El papa Pío XII, mediante la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, publicada en 1943, impulsó el estudio de las lenguas originales y la utilización de los recursos científicos para una comprensión más profunda de los textos sagrados.

Posteriormente, el Concilio Vaticano II, mediante *Dei Verbum*, reafirmó la necesidad de investigar la intención de los autores sagrados y prestar atención a los géneros literarios.

Por tanto, no existe una oposición necesaria entre investigación rigurosa y fidelidad doctrinal.

El problema aparece cuando un método particular pretende convertirse en la única forma legítima de conocimiento y excluye de antemano la posibilidad de la revelación sobrenatural.

6.2. Los límites de una interpretación exclusivamente racionalista

La investigación histórica puede estudiar los acontecimientos relacionados con la vida de Jesucristo, los primeros cristianos y la formación de los libros bíblicos.

Pero no puede, mediante sus instrumentos históricos, agotar por sí sola la realidad sobrenatural de la revelación.

Por ejemplo, el historiador puede investigar los testimonios relativos a la resurrección de Cristo, estudiar las fuentes cristianas primitivas y analizar el contexto de las primeras comunidades.

Sin embargo, la afirmación de que Cristo ha resucitado verdaderamente y ha vencido a la muerte pertenece también al ámbito de la fe.

Reducir la resurrección a una experiencia psicológica de los discípulos, a una metáfora de esperanza o a una simple construcción religiosa significaría abandonar el contenido esencial de la proclamación apostólica.

San Pablo expresa claramente la importancia de esta verdad:

«Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Cor 15,14).

La exégesis católica no tiene que temer la investigación histórica. Pero tampoco debe aceptar que determinados presupuestos filosóficos determinen de antemano qué puede o no puede haber ocurrido.

La razón es una ayuda imprescindible para la fe, pero no debe convertirse en un instrumento para excluir arbitrariamente aquello que supera las capacidades ordinarias de la investigación humana.

7. La interpretación de la Biblia corresponde también a la Iglesia

Una de las cuestiones más importantes de la exégesis católica es la relación entre el estudio individual de la Escritura y la autoridad doctrinal de la Iglesia.

El cristiano tiene el derecho y el deber de leer la Biblia. La Palabra de Dios no está reservada a los especialistas ni a los miembros de la jerarquía eclesiástica.

Sin embargo, la libertad de lectura no significa que cada persona pueda atribuir a la Escritura cualquier significado y presentarlo como doctrina cristiana.

La constitución *Dei Verbum*, en su número 10, enseña que el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, escrita o transmitida, ha sido confiado al Magisterio vivo de la Iglesia.

Este Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio.

Su misión consiste en custodiarla, transmitirla fielmente y explicarla conforme a la voluntad de Cristo.

Esta enseñanza permite comprender por qué la exégesis católica no puede separarse de la comunión eclesial.

Un investigador puede formular hipótesis sobre la composición de un libro, proponer explicaciones históricas o estudiar diferentes interpretaciones de un pasaje. Pero sus conclusiones académicas no adquieren automáticamente autoridad doctrinal.

De igual manera, una interpretación personal no puede presentarse como enseñanza de la Iglesia simplemente porque quien la defiende cite algunos versículos.

La autoridad de la Escritura y la autoridad del Magisterio no son rivales: ambas están ordenadas a conservar y transmitir la revelación divina.

¿Significa esto que no podemos cuestionar una interpretación?

No.

El estudio teológico admite preguntas, investigaciones, discusiones y diferentes opiniones en

cuestiones que no han sido definidas por la Iglesia.

Los grandes teólogos católicos han discutido numerosas cuestiones exegéticas a lo largo de los siglos.

Lo importante es distinguir entre:

- Las verdades de fe que deben ser aceptadas por todo católico.
- Las enseñanzas del Magisterio que requieren la correspondiente adhesión.
- Las conclusiones exegéticas sólidamente fundamentadas.
- Las hipótesis académicas que todavía se encuentran en discusión.
- Las opiniones particulares que no poseen autoridad doctrinal.

Esta distinción evita confundir una hipótesis científica con un dogma y, al mismo tiempo, impide que una opinión personal contradiga libremente una verdad de fe.

8. Los grandes errores que debemos evitar al interpretar la Sagrada Escritura

En nuestro tiempo, la Biblia está más presente que nunca en numerosos medios de comunicación, plataformas digitales, redes sociales y publicaciones religiosas.

Sin embargo, disponer de una Biblia no significa necesariamente saber interpretarla.

Existen errores que pueden conducir a una comprensión profundamente equivocada de la Palabra de Dios.

8.1. El fundamentalismo bíblico

El fundamentalismo consiste, en determinadas formas de interpretación, en leer los textos bíblicos prescindiendo de su contexto histórico y literario, atribuyendo a todas sus expresiones un sentido estrictamente literal.

Este planteamiento puede conducir a conclusiones absurdas.

Los salmos contienen metáforas, los profetas utilizan imágenes simbólicas y Jesucristo enseña frecuentemente mediante parábolas.

Interpretar todas estas expresiones como si fueran descripciones físicas produciría una

comprensión equivocada.

La propia Iglesia advierte contra este problema.

El reconocimiento de la inspiración divina no elimina la necesidad de estudiar cómo se expresa el autor humano.

8.2. El racionalismo bíblico

En el extremo contrario encontramos el racionalismo que pretende explicar la totalidad de la Escritura exclusivamente mediante categorías humanas.

Desde esta perspectiva, todo elemento sobrenatural tiende a ser reinterpretado como una elaboración simbólica, una leyenda o una construcción posterior.

El problema no consiste en investigar históricamente los textos, sino en partir de la conclusión de que Dios no puede intervenir en la historia.

Ese presupuesto no es una conclusión obtenida de la exégesis, sino una posición filosófica previa que condiciona sus resultados.

La fe católica reconoce que Dios ha intervenido realmente en la historia de la humanidad y que la revelación culmina en Jesucristo.

8.3. El subjetivismo: hacer que la Biblia diga lo que queremos escuchar

Otro error frecuente consiste en seleccionar versículos aislados para justificar opiniones personales.

En ocasiones, una persona encuentra una frase bíblica que parece confirmar aquello que ya pensaba y la utiliza como argumento definitivo.

Pero la Palabra de Dios no debe convertirse en un instrumento para legitimar nuestros prejuicios.

Si alguien desea defender una determinada conducta, no puede limitarse a buscar un versículo que aparentemente la respalde, ignorando todos los demás pasajes que puedan iluminar la cuestión.

La interpretación exige honestidad intelectual.

Debemos estar dispuestos a aceptar que la Escritura puede corregir nuestras ideas, cuestionar nuestras decisiones y exigirnos una conversión profunda.

8.4. El anacronismo: interpretar el pasado con categorías actuales

También debemos evitar atribuir a los autores bíblicos conceptos, instituciones o debates propios de nuestra época.

Los escritores sagrados vivieron en contextos históricos concretos.

Sus palabras deben comprenderse primero dentro de ese mundo antes de establecer aplicaciones para el presente.

Esto no significa que la Biblia haya perdido actualidad. Significa que su aplicación correcta exige distinguir entre el mensaje permanente de Dios y las circunstancias históricas en las que fue expresado.

La Palabra de Dios es eterna, pero fue comunicada mediante palabras humanas situadas en la historia.

9. Jesucristo, centro y plenitud de toda interpretación cristiana

La exégesis católica no puede perder de vista una verdad fundamental: **toda la Escritura encuentra su unidad y su plenitud en Jesucristo**.

El cristianismo no es simplemente una religión basada en un conjunto de textos antiguos. Es la religión de la Palabra de Dios hecha carne.

San Juan comienza su Evangelio con una afirmación extraordinaria:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

Esta realidad transforma completamente nuestra manera de acercarnos a la Biblia.

No estudiamos únicamente documentos religiosos para reconstruir las creencias de civilizaciones antiguas. Estudiamos los libros inspirados que dan testimonio de la acción salvadora de Dios y que conducen al conocimiento de Jesucristo.

El Antiguo Testamento anuncia, prepara y prefigura la salvación. El Nuevo Testamento manifiesta su cumplimiento en Cristo y transmite la predicación apostólica.

La interpretación cristiana debe respetar tanto la identidad y el contexto de los textos del Antiguo Testamento como su relación con el Nuevo.

En este sentido, resulta especialmente importante recordar que Jesús no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mt 5,17).

La exégesis permite descubrir esa continuidad sin borrar las diferencias entre las distintas etapas de la historia de la salvación.

También ayuda a comprender mejor la liturgia de la Iglesia, donde las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento se iluminan mutuamente.

Cuando escuchamos las Escrituras durante la Santa Misa, no asistimos simplemente a una lectura histórica. La Iglesia proclama la Palabra de Dios como alimento espiritual de los fieles.

Su interpretación debe conducirnos al encuentro con Cristo, presente y actuante en la vida de la Iglesia.

10. ¿Por qué necesita un católico de hoy conocer la exégesis?

Podría pensarse que la exégesis es una disciplina reservada a sacerdotes, profesores de teología, investigadores y especialistas en lenguas antiguas.

Sin embargo, sus principios fundamentales deberían formar parte de la educación religiosa de cualquier católico.

Vivimos en una época en la que abundan las interpretaciones religiosas difundidas sin preparación suficiente.

Un vídeo de pocos minutos, una publicación en redes sociales o una frase extraída de su contexto pueden generar confusión sobre cuestiones esenciales de la fe.

Por eso, aprender a interpretar correctamente la Biblia constituye también una forma de proteger nuestra vida espiritual.

Leer antes de interpretar

Cuando abrimos las Escrituras, conviene comenzar leyendo el pasaje completo, no solamente el versículo que nos interesa.

Debemos preguntarnos quién habla, a quién se dirige, qué está sucediendo y cuál es el propósito del texto.

Esta sencilla práctica evita numerosas equivocaciones.

Consultar fuentes católicas fiables

Es recomendable acudir al Catecismo de la Iglesia Católica, a los documentos conciliares, a los comentarios bíblicos de reconocida solvencia y a los escritos de los Padres de la Iglesia.

La lectura de la Biblia no debe quedar sometida a interpretaciones improvisadas de personas que carecen de formación teológica.

Tampoco debemos aceptar sin discernimiento cualquier explicación por el simple hecho de que utilice un lenguaje religioso.

Recuperar el contacto con los Padres de la Iglesia

La lectura de san Agustín, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo, san Ireneo y otros Padres permite descubrir cómo las primeras generaciones cristianas comprendieron y transmitieron las Escrituras.

Sus escritos nos ayudan a recuperar una perspectiva profundamente eclesial, alejada de la interpretación individualista.

No todas sus opiniones tienen el mismo valor ni están exentas de discusión, pero su testimonio constituye una riqueza imprescindible para conocer la historia de la interpretación cristiana.

Estudiar para vivir mejor la fe

Finalmente, debemos recordar que la exégesis no termina en el conocimiento intelectual.

Su finalidad última, dentro de la vida cristiana, es ayudarnos a recibir correctamente la Palabra de Dios y permitir que transforme nuestra existencia.

La Biblia debe iluminar nuestras decisiones, fortalecer nuestra oración, orientar nuestra vida familiar y ayudarnos a practicar las virtudes cristianas.

Un conocimiento bíblico que no conduce a la humildad, a la caridad, a la conversión y a la fidelidad a Dios corre el peligro de convertirse en una erudición estéril.

11. La exégesis y la oración: comprender la Palabra para escuchar a Dios

Existe una relación especialmente profunda entre la interpretación bíblica y la oración.

La exégesis nos ayuda a comprender el significado del texto. La oración nos dispone a recibirlo espiritualmente.

Ambas dimensiones son necesarias.

Un católico puede conocer las circunstancias históricas del Evangelio, identificar sus referencias al Antiguo Testamento y estudiar sus particularidades lingüísticas. Todo ello es valioso.

Pero si nunca se detiene a escuchar qué le está pidiendo Dios mediante su Palabra, habrá dejado incompleta una parte esencial de su encuentro con las Escrituras.

Por eso, resulta conveniente acompañar la lectura bíblica con una actitud de recogimiento y humildad.

Una práctica especialmente recomendable es la *lectio divina*, una forma tradicional de lectura orante de la Escritura que contempla distintos momentos:

1. **Lectio:** leer atentamente el texto y comprender qué dice.
2. **Meditatio:** reflexionar sobre su significado y sobre aquello que revela de Dios.
3. **Oratio:** responder a Dios mediante la oración.
4. **Contemplatio:** permanecer en su presencia, acogiendo interiormente su Palabra.

La *lectio divina* no sustituye a la exégesis científica ni pretende resolver por sí misma las dificultades históricas o lingüísticas de los textos. Es una práctica espiritual que permite que la Palabra comprendida sea también Palabra acogida y vivida.

El propio Jesucristo nos recuerda la necesidad de escuchar y poner en práctica lo que Dios

nos enseña.

Al concluir el Sermón de la Montaña, compara al hombre prudente con aquel que escucha sus palabras y las pone en práctica (Mt 7,24).

Esta enseñanza expresa perfectamente la finalidad de una auténtica lectura cristiana: no basta con conocer la Palabra; es necesario vivir conforme a ella.

12. La Iglesia necesita buenos intérpretes de la Palabra de Dios

La exégesis posee también una dimensión eclesial y apostólica.

Los sacerdotes, catequistas, padres de familia, educadores y responsables de la formación cristiana tienen una responsabilidad particular en la transmisión correcta de las Escrituras.

Una interpretación equivocada puede extender errores doctrinales y producir confusión entre los fieles.

Por el contrario, una formación bíblica sólida permite fortalecer la fe y transmitirla con mayor claridad a las siguientes generaciones.

La Iglesia necesita personas que conozcan las Escrituras, pero que también las interpreten con fidelidad a la Tradición apostólica.

Necesita estudiosos que no teman investigar, pero que tampoco pretendan convertir sus hipótesis en verdades absolutas.

Necesita predicadores que no manipulen los textos para defender sus propias ideas, sino que anuncien aquello que realmente enseña la Palabra de Dios.

Y necesita familias que transmitan a sus hijos el amor por la Sagrada Escritura, enseñándoles que la Biblia no es un libro cualquiera, sino un tesoro de la fe cristiana.

La formación bíblica no debe reducirse a aprender frases de memoria o a repetir explicaciones sin comprenderlas.

Debe ayudar a descubrir la historia de la salvación, conocer a Jesucristo y comprender la doctrina que la Iglesia ha recibido de los apóstoles.

La exégesis, entendida correctamente, se convierte así en un instrumento de fidelidad, formación y evangelización.

Conclusión: no basta con leer la Palabra de Dios; debemos aprender a comprenderla

La Sagrada Escritura es un tesoro que ninguna generación cristiana debería descuidar.

En ella encontramos la voz de los profetas, la sabiduría de los salmos, las enseñanzas de los apóstoles y el testimonio de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

Pero para recibir adecuadamente este tesoro necesitamos aprender a leerlo.

La exégesis bíblica nos recuerda que las palabras de la Escritura no pueden separarse de su contexto, de la intención de sus autores inspirados, de su unidad interna ni de la Tradición viva de la Iglesia.

Nos enseña que la Biblia no debe convertirse en un instrumento para justificar nuestras opiniones, ni tampoco reducirse a un documento antiguo despojado de su dimensión sobrenatural.

La auténtica interpretación católica exige razón y fe, investigación y humildad, conocimiento histórico y fidelidad doctrinal.

En este camino, los Padres de la Iglesia, los grandes doctores y el Magisterio constituyen compañeros indispensables. Su testimonio nos ayuda a comprender que no somos los primeros en abrir las Escrituras y que la fe que profesamos ha sido recibida, custodiada y transmitida a través de los siglos.

En una sociedad donde tantas voces pretenden explicar el cristianismo según sus propios criterios, recuperar una formación bíblica seria es una necesidad espiritual.

No debemos temer estudiar profundamente la Palabra de Dios. Tampoco debemos confundir la profundidad con la complicación intelectual ni la libertad de investigación con la arbitrariedad interpretativa.

La finalidad de la exégesis no es alejarnos del misterio de Dios mediante interminables discusiones académicas. Es ayudarnos a comprender mejor aquello que Él ha querido revelarnos.

Y, sobre todo, debe conducirnos a Jesucristo.

Porque el objetivo último de leer, estudiar e interpretar las Sagradas Escrituras no es simplemente saber más cosas sobre Dios, sino **conocerlo, amarlo, obedecerlo y alcanzar, por su gracia, la vida eterna**.

Como nos recuerda san Pablo:

«Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia» (2 Tim 3,16).

Que nunca abramos la Biblia únicamente para encontrar palabras que confirmen lo que ya pensamos. Abrámosla con la humildad de quien desea escuchar a Dios, con la inteligencia de quien busca comprender la verdad y con la disposición de quien está preparado para cambiar su vida.

Porque la Palabra de Dios no nos ha sido entregada para que la acomodemos a nuestro pensamiento, sino para que nuestro pensamiento, nuestra voluntad y nuestro corazón se conformen a la verdad que Dios nos ha revelado.

Fuentes y referencias para profundizar

Las siguientes fuentes constituyen referencias fundamentales para el estudio de la exégesis desde la perspectiva católica:

1. **Concilio Vaticano II:** Constitución dogmática *Dei Verbum*, especialmente números 9-13, sobre la inspiración, la interpretación y la transmisión de la revelación divina.
2. **Catecismo de la Iglesia Católica:** números 101-141, especialmente 109-119, sobre la interpretación de la Sagrada Escritura y sus sentidos.
3. **Pío XII:** Encíclica *Divino Afflante Spiritu* (1943), sobre los estudios bíblicos y la interpretación de las Sagradas Escrituras.
4. **Pontificia Comisión Bíblica:** *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), documento de referencia sobre los métodos y enfoques de la exégesis bíblica.
5. **Benedicto XVI:** Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010), especialmente su reflexión sobre la relación entre exégesis y teología.
6. **San Agustín:** *De doctrina christiana*, sobre los principios de interpretación de la Sagrada Escritura.
7. **Santo Tomás de Aquino:** *Suma Teológica*, I, cuestión 1, artículo 10, sobre los sentidos de la Sagrada Escritura.

8. **San Jerónimo:** sus prólogos y trabajos exegéticos sobre los libros de la Sagrada Escritura.

Salve María. ¡Viva Cristo Rey!